



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p>Dos reales</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p>LA BARONESA DE WILSON.</p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑÍA.</p>	<p>EDICION ECONOMICA.</p> <p>—</p> <p>Un real</p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>
<p>Año I.</p>	<p>Madrid 6 de Noviembre de 1871</p>	<p>Núm. 5.º</p>

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—*La viuda del cesante*, por Fernan Caballero.—*El envidioso*, por Juan Eugenio Hartzenbusch.—*Unos amores en la Alcarria*, por X.—*Revista de teatros*, por el marqués de San Eloy.—*Explicación de los grabados*.—*Varietades*.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

El frío tiene grandes desventajas para los infelices que sin pan ni abrigo, se ven expuestos al helado ambiente que penetra por los rotos vidrios de su buhardilla en las interminables noches del invierno, para aquellos que tienen que arrostrar las lluvias, las nieves y los hielos, y que obligados á prolongar su velada para ganar el alimento cotidiano, carecen, sin embargo, de un poco de fuego para vivificar sus ateridos miembros.

Esa triste perspectiva, que hace ménos penosa la inagotable caridad de algunos ángeles de consuelo, se torna en bellissimo panorama para los que pueden disfrutar de las múltiples distracciones que ofrece esta estacion del año.

Las jovencitas sueñan con la proximidad de Navidad, con los teatros, con los bailes, con las modas, y esto último, que al parecer es frívolo y superficial, encierra tambien un interés positivo para las clases pobres, pues los ricos trajes, los tocados, los adornos que lucen las damas, son los que sostienen á millares de familias, y no hace muchos días que admirando los deliciosos modelos de la estacion en la Exposicion

de Pinturas, veíamos con orgullosa satisfaccion, que estaban ejecutados por manos españolas y que representaban el bienestar de multitud de honradas y laboriosas menestras.

Entre otros, vimos uno tan elegante, que no podemos ménos de describirle: era un vestido de popelina de seda color habana; un volante ondeado, con dos bieses un poco más oscuros, adornaban la primera falda. La túnica estaba ceñida al talle, formando delantal cuadrado por delante y drapeada por detrás; el corpiño tenia largas aldetas postillon, guarnecido el todo con un ancho fleco; el sombrero era un gracioso conjunto de flores, encaje y terciopelo, artísticamente colocado.

La marquesa de C... recién llegada de Francia, lucia, sin embargo, un traje hecho en Madrid, bellissimo por su forma y adornos. La primera falda, de paño de damas azul oscuro, estaba adornada con arabescos y flecos del mismo color, y la túnica aparecia guarnecida igualmente y recogida sólo por detrás; la chaquetita tenia un corte tan distinguido y elegante, y sobre todo la forma de las aldetas, abiertas, largas y figurando cuatro ángulos, era tan nueva, que todas las miradas se fijaban en la aristocrática dama.

El sombrero, bastante alto de copa, era de castor oscuro con flores y plumas.

La jóven habanera, la linda señorita de A... estaba encantadora con un vestido verde Nilo de faya, guarnecido con cinco volantes fruncidos. Túnica abierta por delante, adornada con bieses de raso, á la cabeza de los cuales descollaban cuatro cabecillas tableadas; un fleco bordeaba la túnica; las aldetas del corpiño eran largas, redondas por delante y formando el *puff* por detrás.

Rosas de china, tul y plumas, componian el gracioso sombrero que acompañaba á su juvenil y risueña fisonomía.

Pero basta de lujosos trajes: justo es dediquemos algunas líneas á modas más modestas y al arreglo de vestidos ya usados.

Si nuestras lectoras, y nos dirigimos á las económicas madres de familia, poseen algun vestido de lana del invierno anterior, podrian hacerlo teñir color marron, granate ó negro, convirtiéndolo en primera falda; la segunda, ó sea túnica con chaqueta, se forma con una falda de seda, aunque esté algo usada, formando delantal por delante y drapeada por detrás, y si aún se necesita algo más de abrigo, con un *dolman* de cachemir negro ó paño adornado con terciopelo, y si se desea más elegante, bordeado con pieles, se obtiene un traje completo.

Una señora económica y laboriosa, teniendo buenos patrones, puede fácilmente vestir con buen gusto y sin grandes sacrificios, utilizando todos los trajes, variándolos y guarneciéndolos de nuevo.

II.

De paño color castaña hemos visto un tapete para velador, tan elegante y de buen gusto, que desde luego lo describimos á nuestras lectoras.

Es de color castaña, y está bordado en aplicacion á punto de cadeneta; las hojas que forman la guirnalda están cortadas de paño marron claro, y los arabescos un poco más oscuros, los que están rodeados de soutache color café oscuro; las hojas se bordan con seda argelina color marron, á punto de cadeneta. Para hacer el dibujo, para el bordado de aplicacion, se calca sobre papel muy delgado y se recortan las hojas y arabescos, formando patrones para cortar sobre el paño, el cual puede pegarse ligeramente con goma arábica; despues se pone la soutache y se bordan los contornos y venas al punto de cadeneta. El borde exterior del tapete es de paño marron más claro, y hecha la cadeneta con seda oscura; el dibujo del centro es una encomienda formando una estrella. El lindo efecto de este tapete depende del buen gusto para escoger los puntos de color; hay cinco colores marron diferentes: el más claro para las hojas, el segundo para los arabescos, el tercero el paño del fondo, el cuarto la seda de los contornos, y el quinto, el más oscuro, el de la soutache; se bordea el tapete con un cordon de seda marron oscuro, y en cada una de las puntas se le pone una gruesa borla del mismo color.

Como se acercan los meses de aguinaldos, aconsejamos á nuestras lectoras ejecuten para regalo esa linda labor, obsequio delicado y elegante.

Otro regalo, tambien de bastante novedad, para un hermano, un esposo ó un amigo, es un precioso tintero de encina tallada: representa el modelo una pera que se abre por el medio, y dentro de la cual está el vaso destinado para la tinta; algunas hojas y troncos acompañan la pera y sirven de sosten para las plumas; el pie del tintero lo forma una bandejita ovalada bordada en tapicería sobre cañamazo con seda argelina. Sobre un espacio cuadrado de nueve hilos de cañamazo, se pasa la seda al bies sobre un hilo, despues sobre dos, despues sobre tres, y sucesivamente hasta disminuir y concluir en uno como se empezó; la seda debe ser color grana: encima de estos cuadritos se hace un cruzado con hilo de oro; los bordes se forman con lana negra, haciendo cinco puntos de tapicería cruzada, y los cuales cubren unas medias bolas de madera; y para dar solidez al bordado, se coloca sobre un doble carton forrado por el revés con percalina.

Tanto por nuestros próximos grabados de labores, cuanto por nuestras explicaciones, continuaremos indicando esos lindísimos adornos en los que una señorita puede ejercitarse, siendo al mismo tiempo una ocupacion en extremo agradable.

La Baronesa de Wilson.

LA VIUDA DEL CESANTE,

POR FERNAN CABALLERO.

(Conclusion.)

Así pasaron ocho años amargos y tristes para Adrian, que recordaba la dulce paz doméstica en que se habia criado y las virtudes de su buena madre.

Entonces acometió á su mujer una enfermedad aguda, que la puso en las puertas de la muerte, y ya en ellas, se arrepintió y le confesó su delito, implorando su perdon; al hacer esta revelacion, el excelente jóven pudo contener su ira; pero no el alejamiento y horror que le causaba la criminal, que murió desesperada.

En su testamento dejaba á su marido por heredero universal; pero él rehusó tomar dádiva alguna de la que quizás fuese la asesina de su madre, y sólo se reservó los gananciales hechos desde su matrimonio y gerencia de los negocios, que eran muy crecidos.

Los parientes, herederos naturales, le entregaron en el acto cien mil duros en buenas letras de cambio, sin aguardar los trámites legales, y él á ellos el desestimiento de la herencia legalizado, y en la primera ocasion emprendió el regreso á su patria.

Al llegar á Cádiz se dirigió á la casa de don Andrés, en la que supo la aldea á que se habia retirado doña Carmen.

—Pero ahora, madre mia, —acabó diciendo, —ya no vivireis en una aldea; he vuelto para dedicar mi vida á hacer dulce y feliz la de usted; soy rico por mi trabajo: iremos, pues, adonde usted quiera establecerse: á Cádiz, á Madrid.

—¡Hijo de mi alma! no, no me saques de aquí, —exclamó la viuda; —tengo cariño á este pueblo como á un amigo que me ha visto sufrir mucho; á la Virgen Santa de la Esperanza, que tantas ha derramado en mi corazon, pues sin la de volverte á ver no hubiera podido penar tanto. Y sobre todo, —prosiguió, volviéndose al cura y á Rosalia: —No me separes de estos dos seres benéficos, á los que debes el hallarme viva y no muerta de miseria; ellos me han mantenido, servido, cuidado y consolado, sin desmayar un dia en tan triste tarea, sin tener más esperanzas de recompensa que mi estéril gratitud. No, no me puedo separar de ellos; quiero morir auxiliada por este modesto santo y asistida por este ángel puro, que ha pasado los primeros años de su juventud sin más afán á su pasion é intereses, que el de asistir á su excelente tio y de cuidar á una pobre enferma mendiga.

Adrian cayó de rodillas ante Rosalia, la que, ruborizada al oír las palabras de la viuda, se tapaba la cara con ambas manos, diciendo:

—No admito esos elogios ni esa gratitud que no merezco...

—¡Oh! admitidla, —exclamó Adrian, —y con la mia, que es aun mucho mayor, como pobre paga de una deuda que sólo Dios puede pagar!

Algunos años despues habia Adrian hecho labrar una casa, no ostentosa, pero grande y cómoda; no brillaban en ella primores artísticos ni tal ó cual arquitectura; pero la valoraba su solidez. A espaldas tenia un hermoso jardin, arreglado en una huerta y combinado de manera que uno de los más hermosos naranjos que habia en ella viniese á estar frente de la puerta de la casa que daba al jardin. Al rededor del robusto tronco del naranjo, se habia colocado un ancho banco rústico. En torno de este centro se habian plantado toda clase de arbustos de flor, como lilas, nardos, aromas, celindas y luisas; tupian enredaderas los claros que entre sí dejaban estas plantas. A la entrada de este gran cenador, habia colocados dos rústicos sillones. En aquel lugar perfumado, tan fresco en verano como al abrigo de los vientos en invierno, es donde se reunia por las tardes la familia de Adrian, á la sazón aumentada.

En una de estas tardes del mes de Octubre, estaban sentados en el banco, debajo del naranjo, el cura y doña Carmen; enfrente, en los dos asientos mencionados, Adrian y Rosalia. Esta tenia entre sus rodillas, y sujetaba con las andaderas, un hermoso niño, que pateaba el suelo con sus piecitos, meneaba los brazos, reía y gritaba al ver jugar y correr al rededor del naranjo á dos hermanitos suyos.

—No meter tanto ruido, niños, —dijo Rosalia, que era su madre, —que incomodais al tio cura y á abuelita; no correr más: id á coger flores.

Los niños obedecieron, y el mayor se habia empeñado ya por coger una flor de adelfa, cuando les gritó la niñera, que era Josefa, la pobre y buena señora que amparó á la viuda:

—Suelta, suelta, no coger adelfas.

—¿Y por qué? —preguntó el niño.

—Porque son malas.

—¿Tienen espinas?
 —No; pero son dañinas. Todas las flores tienen su miel y su misterio, menos la adelfa, que no tiene ninguno.
 —No es,—contestó el niño.
 —Sí es; y si no, verás lo que sucedió en una ocasión: había un reo de muerte muy retemalo; pero como á los malos nunca les faltan padrinos, los tenía éste, que se empeñaron con su majestad el rey para que lo indultase. El rey no que-

ria, y por no dar un no pelado, dijo que se lo daría si le llevaba un ramo compuesto de todas las flores del mundo. El reo, que sabía más que Brijan, cogió un panal de miel, y en medio clavó un ramo de adelfa, porque sabía que las abejas de todas las flores sacan miel menos de la adelfa, que no la tiene.

—¿Y el rey le perdonó?—preguntó el niño.

—Por supuesto, como que tenía palabra de rey.



—¿Y se comió la miel?
 —¡No que no! á todo el mundo le gusta la miel, hasta á los osos, que se *pirran* por ella.
 —Rosalia,—dijo el cura,—¿qué es eso, que me he encontrado en lugar de mi sillón de paja una lujosa butaca de muebles?...
 —Tío, el sillón estaba roto.
 —Lo sé, y mandé que se compusiese.
 —Señor, estaba todo apolillado, no se ha podido compo-

ner. Tío, va usted siendo viejecito, y es preciso que se cuide.

—¿Yo viejecito?—preguntó con cierta extrañeza el cura.—Verdad es, niña, y tienes razón, pues nací en el siglo pasado; pero como, bendito sea Dios, no me ha dado ninguno de los achaques que acompañan á la vejez, me se ha entrado por las puertas sin sentir. ¡Bien venida sea! ¡no me pesa!...

—¡Ay, señor cura,—dijo doña Carmen,—me parece mentira la felicidad que gozo! Si antes no tenía ojos para llorar, ahora me faltan labios para dar gracias á Dios, y despues de

dárselas por haberme devuelto el hijo de mi alma, se las doy porque ha podido pagar con su cariño la caridad que por tantos años han ejercido usted y mi Rosalía conmigo.

—Madre,—dijo con pena Rosalía,—me habíais prometido no volver á avergonzarnos con esa tema.

En este momento entró un criado trayendo el correo, en el que venían toda clase de periódicos. El cura se apresuró á coger *El Boletín Eclesiástico*; la viuda se apoderó de *Los Ecos de María*, preciosa publicación de Barcelona; Adrian cogió *La Ilustración Popular Económica*, que se publica en Valencia, y Rosalía rompió la faja de otro de Madrid, que con el título de *El Último Figurín*, trataba de literatura y de modas.

—Este es nuevo,—dijo,—¿otro periódico más, Adrian? ¡Esto es un despilfarro!...

—¿Mujer, más orden y economía quieres que tenga?—contestó Adrian.—No gastamos ni la cuarta parte de la renta que tenemos, y no ahorro por avaricia, sino para emplear lo que no se gasta en adquirir para cada uno de mis hijos un patrimonio en fincas rurales para que se hagan agricultores, mejorando y fomentando sus bienes, viviendo como honrados y modestos propietarios, aquí en el campo, sin depender de nadie ni ser gravosos al Erario, que es la bolsa común de todos los españoles.

—¡Ay!—exclamó asombrada Rosalía, que había seguido leyendo el periódico nuevo;—¿Adrian, sabes lo que trae este diario?

—¿Qué cosa puede ser esa, que tanto te asombra?—repuso su marido.

—Es nuestra historia, con el epígrafe ó título de *La viuda de un cesante*; nada absolutamente hay cambiado, sino los nombres.

—¡Dios mío!—exclamó doña Carmen;—nosotras, que vivimos tan retiradas del mundo, tan ignoradas de todos...

—¿Quién habrá podido,—añadió Rosalía,—contársela á la persona que la escribe?

En este momento se posó sobre una rama del naranjo un pajarito, que se puso á cantar.

Adrian, señalando sonriéndose á la rama, dijo:

—Ese.

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
en el corral de un clérigo crecía;
un vecino de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan lozano:
él ni manzano ni corral tenía.
Y ya que de otro modo
no supo desfogar su encono fiero,
arrojaba al frutal desde un granero
el desperdicio de su casa todo,
haciendo del corral estercolero:
bien ensució el ramaje;
mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
la tierra con la broza se abonaba,
y el resultado fué del ruin ultraje
que más fruto y mejor el árbol daba.

Más útil que nociva,
es la gente mordaz, que tanto abunda,
pues hace con su rabia furibunda
que el íntegro varón más cauto viva,
y más pronto á sus émulos confunda.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

UNOS AMORES EN LA ALCARRIA.

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quienes los antiguos daban el nombre de dorados», decía don Quijote, contemplando el puñado de bellotas que en la mano tenía, y en presencia de los atónitos cabreros que sin comprender palabra le escuchaban.

Si el hidalgo manchego creación de la inmortal fantasía de Cervantes, adquiriera viva realidad en nuestros tiempos,

y después de contemplar la inmoralidad y corrupción de nuestras grandes ciudades, penetrara en ese agreste, poético y apartado rincón que se llama la Alcarria, seguramente no echara de ménos aquellos tiempos remotos que nos pintan con tan risueños colores, porque el contraste saltaría á sus ojos tan vivo como elocuente.

Hay, en efecto, en España muchos sitios que por su situación topográfica, por la dificultad de comunicaciones y por la incuria y abandono, consecuencias naturales de los benditos sistemas de gobierno que nos han regido, son otras tantas Batuecas aisladas completamente del resto del mundo.

Muchas de las ventajas de la civilización no les alcanzan, mas como les son desconocidas no las echan de ménos; en cambio, y como si la naturaleza tratara de compensarlo todo en el mundo físico y moral, y todas sus leyes fuesen de perpetuo equilibrio, estos lugares tienen la ventaja de conservar cierta pureza de costumbres que nos recuerdan la Edad de Oro.

Uno de ellos es la Alcarria.

El terreno es accidentado y pintoresco. Todavía se observan en él vestigios de convulsiones volcánicas.

Las aguas abundan, y muchas de ellas, procedentes de criaderos minerales, tienen grandes virtudes curativas, que utiliza la ciencia médica.

Todas estas circunstancias, la escasez de población que deja virgen de cultivo una gran parte de su suelo, los muchos ganados que le abonan y constituyen una parte muy esencial de su riqueza, y por último, la benignidad del clima, hacen de Alcarria uno de los sitios más fértiles y agradables de la tierra.

Dánse en ella con gran facilidad toda clase de granos, el olivo y la vid; y los árboles, que sirven para maderas de construcción, como el nogal, el pino y el roble, tomando jugo en sus calizas entrañas, adquieren un prodigioso desarrollo.

Los inteligentes afirman que sus aceites son mejores que los de Andalucía, y que sus vinos, excelentes para la mesa, tienen el ágrio, pero agradable sabor y el perfume de los de Burdeos; pero la ignorancia en que están los alcarreños acerca del modo de elaborarlos y el excesivo costo que tiene el conducirlos á lomo, puesto que no hay carreteras hasta la gran arteria férrea que pasa por Guadalajara, aumentan el descuido con que los tratan y la ligereza con que los miran, creyendo que son refractarios á toda bonificación y no susceptibles de añejarse.

A pesar de todo, y como lo bueno es siempre bueno, los vinos de Sacedon comienzan á ser conocidos y apreciados en el mercado de Madrid.

Imposible es hablar de la Alcarria sin citar su celebrada miel. Después de la de Chamounix, que las abejas elaboran tomando su esencia en el cáliz de las violetas de los Alpes, la mejor del mundo es la de la Alcarria. Para comprender la razón de su bondad, basta respirar un momento aquel ambiente saturado con el ácre perfume de toda clase de plantas aromáticas, que por do quier brotan espontáneamente.

Las colmenas de la Alcarria son innumerables. Tropiézas con ellas á cada paso, y puede asegurarse que los alcarreños tienen una singular predilección y cariño por este ramo de la industria agrícola.

Si el discurso de Don Quijote á que hacemos referencia en las primeras líneas de este desaliñado artículo, se hubiese escrito para conmemorar los tiempos pasados de la Alcarria, vendrían como anillo al dedo estas frases de él: «En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo.»

Desgraciadamente para los aficionados á la Edad de Oro, ó lo que es lo mismo, á encontrarse las cosas hechas, las colmenas de la Alcarria tienen propietarios que las cultivan y las castran, y no sólo no ofrecen el dulce fruto á cualquiera mano, sino que castigan á la mano osada que sobre él se extiende, cuando no le asiste derecho para hacerlo. Si por casualidad se encuentra en las quiebras de alguna peña ó en el hueco de algún árbol una colmena silvestre, no es culpa de los alcarreños, sino delito de algún fugitivo enjambre.

Pasa la Alcarria por un país pobre, y en efecto, la pro-

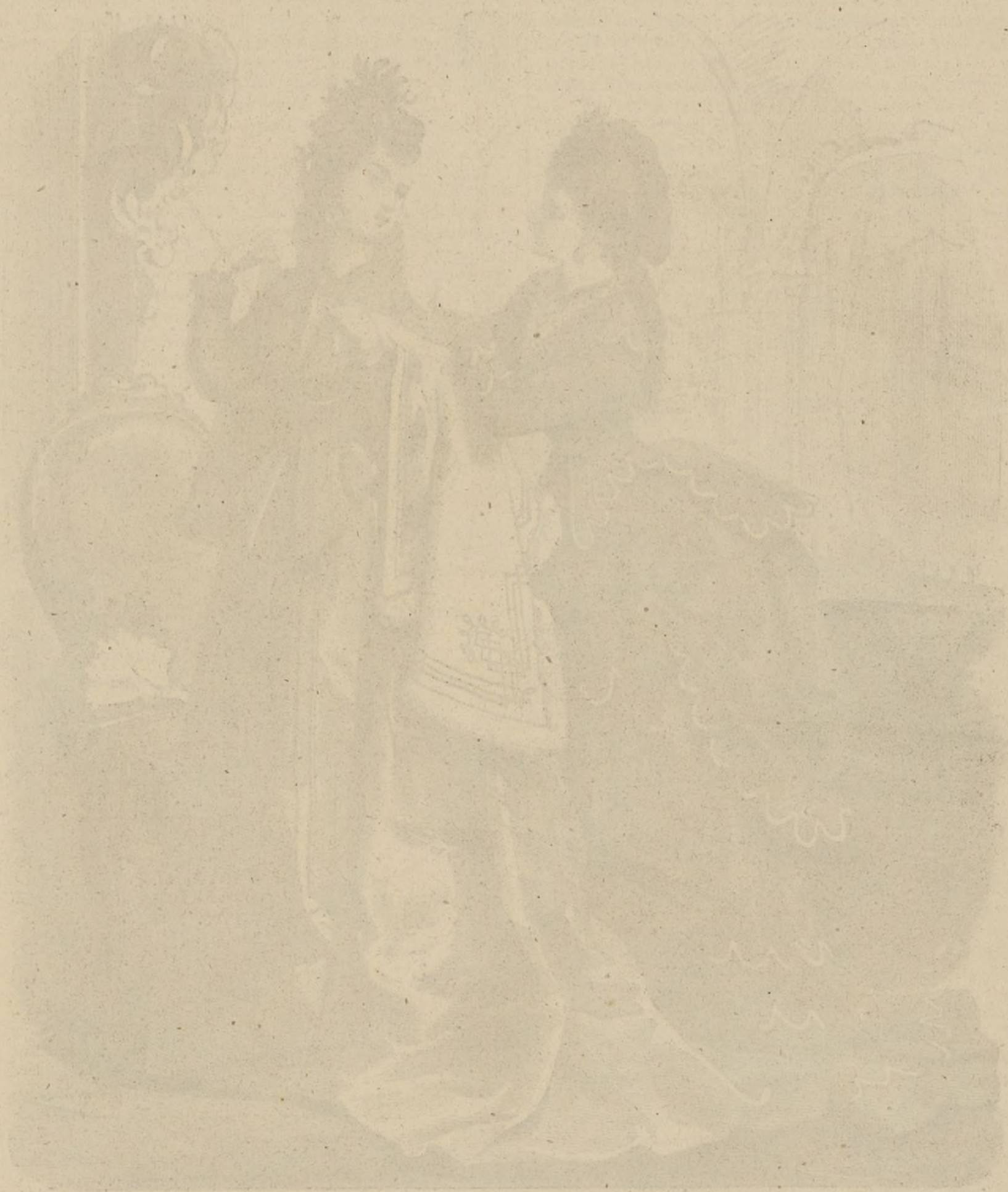


EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.—MADRID.

84.71

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



EL ÚLTIMO FIGURIN

ADMINISTRACION PLANA DE LA CIUDAD. NÚMERO 11. MADRID.



piedad está tan sumamente dividida, que cada familia sólo cultiva lo estrictamente necesario para su subsistencia, de modo que su pobreza no proviene de esterilidad, sino de organización; pero si no hay lujo, tampoco se ven las horribles llagas de esa espantosa miseria que corroa á los grandes centros y que no basta á encubrir todo el óropel de los magnates.

En la Alcarria todas las poblaciones son pequeñas y de aspecto humilde, pero la naturaleza suple á la mano del hombre para darles riqueza de colorido.

En cuanto á la pureza de sus costumbres, todo el que haya visitado la Alcarria, siquiera sea de paso, convendrá con nosotros en que hay en ella algo de patriarcal. La galantería no ha echado las semillas de su refinamiento, y el amor se presenta con ese carácter tierno y respetuoso que nace de la verdad y de la delicadeza del sentimiento, por más que se resienta en forma de la rudeza de los campos.

Un mozo de la Alcarria no se dirige á una doncella en estado de merecer, sin muchos ambajes, suspiros y rodeos; sin mucho tiempo de rondarla y sin tener casi la seguridad del buen éxito en sus castas pretensiones.

Con una timidez exagerada, el mozo no se arriesga á declarar su atrevido pensamiento sino despues de muchas cavilaciones é insomnios, y de examinar muchas veces el estado de su gorra ó montera de pieles, semejante á la que usan los aldeanos de la Mancha, de su calzon corto, de sus polainas de burdo paño, de su faja y sus abarcas; pero sobre todo el chaleco, que es la prenda diaria de rigor, y la chaqueta, de cuello recto y empuinado, que constituye, por decirlo así, el traje de gala, son objeto del más minucioso exámen. Una vez convencido de que nada dejarían que desear al elegante más pulcro, apóstase una tarde al caer el sol junto á las últimas tapias del pueblo ó en las cercanías de la fuente, y allí espera al objeto de su amoroso afán, procurando calmar los precipitados latidos de su corazón.

La moza, que, como todas las hijas de Eva, sabe más que Merlin, no ignora que es esperada, porque para eso ha animado con inocentes coqueterías á su rústico adorador. También ella ha examinado con inquietud su saya corta, el corpiño que honestamente oculta y contiene el alto seno y el pañuelo que ha de llevar en la cabeza. Jamás queda completamente satisfecha; pero juzga que ya ha perdido demasiado tiempo, y se decide á pasar con cualquier fútil pretexto y aparentando la mayor indiferencia, por donde sabe que es esperada.

El mozo se le acerca cortado y balbuceando. Ella finge sorprenderse, y se ruboriza; pero serenándose ambos al fin, cambian con grandes intervalos de silencio, durante los cuales el uno mira al cielo y al horizonte el otro, unas cuantas frases, que no tienen significación ninguna más que para los que hablan el dialecto de los enamorados.

Con esto y con citarse para el siguiente día, quedan sentadas las bases de sus relaciones.

Diplomáticos, aprended. Para decir sencillamente sí ó no, ó para ajustar un tratado de alianza entre dos naciones, gastáis la mayor parte de vuestra vida, y os tornais canos y calvos á fuerza de cavilar, mientras una pareja de la Alcarria hace tratados mucho más serios en cinco minutos y sin perder un átomo de su frescura y juventud.

Al cabo de un par de años de estas citas y relaciones, durante los cuales el mozo no se ha atrevido á tocar con aviesa intención ni á la punta del delantal de su amada, dícela una tarde, armándose de todos sus bríos:

—Oyes, Benita.

—¿Qué, Ramon?

—Que esto no puede seguir así.

—Pues yo no veo dificultad ninguna.

—Y yo te digo que no puede seguir.

La moza le mira de alto á bajo tratando de inquirir la causa, y no hallando indicio alguno, le replica:

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya *escomienzan* á murmurar en el pueblo...

—Déjalo que *escomiencen*.

—Y dicen que si tú... que si yo...

—Y si lo dicen, ¿qué remedio?

Ya sabe la moza dónde el remedio está, pero faltaría á

aquellos aforismos sobre la condición de la mujer, que dicen:

«Corre, y corriendo quiere que la alcancen;
lucha, y luchando quiere que la venzan.»

si facilitase el camino á su adorador.

—El remedio es bien sencillo,—contesta Ramon tomando una resolución enérgica;—casémonos.

—¡Já, já! ¡Qué prisa tienes!—contesta Benita, disimulando con la burla el placer que le causan estas palabras.

—¿Y tú no tienes ninguna?

—¡Yo! ¡quita allá!

—¡Vamos!

—¡Aunque parece!...

Entre bromas y veras, el mozo hostiga, la moza va poco á poco ablandándose. Por último, le dice poniéndose colorada y como quien hace á su amante la última concesión:

—¡Bueno! díselo á mi madre.

Y con esto echa á correr, dejando al mancebo loco de alegría.

Poco tiempo despues se verifica el casamiento, y tras él va viniendo una caterva de chiquillos.

La mujer ya no coquetea ni resiste; tiene demasiado que hacer en la casa para lo primero, y en cuanto á lo segundo, el esposo no tolera en lo más mínimo que se conteste su autoridad marital.

Aquí en Madrid, con el refinamiento de las costumbres, las cosas pasan de otro modo.

—¡Qué hermosa es usted!—dice un jóven á la primera que encuentra en la calle ó en el paseo, y á quien no ha visto en su vida.

Ella no contesta con la boca; pero sí con los ojos.

El jóven se anima.

—¡Tiene usted unos ojos capaces de enloquecer á un santo de... de piedra!

—¿De veras?

—¡Y un talle! que...

Si la escena pasa en la semi-oscuridad del salon del Prado en una de estas noche de estío, es fácil oír á la niña exclamar poco despues con voz ahogada:

—¡Chist, vamos, estése usted quieto!

No importa que la niña vaya escoltada por su mamá, porque ésta siempre se queda rezagada; en el verano á causa del calor, y en el invierno por el frío.

Pocos días despues los amantes tienen citas á que asiste de lejos una criada, y antes de un mes ya están dando entrada en su corazón á nuevos amores, que siguen la misma suerte.

Algunas veces concluyen los amores de Madrid de otro modo, y pocas, muy pocas, como en la Alcarria; pero aun así va precedido este desenlace de escenas, ya cómicas, ya trágicas, que son absolutamente desconocidas en el país de la miel.

¡Bienaventurados los jóvenes alcarreños, que libres de los cortesanos apetitos, aspiran sólo á una honrada compañera y á una existencia tranquila, porque ellos la alcanzan!

X.

REVISTA DE TEATROS.

Escasa fué la semana anterior en acontecimientos teatrales, haciendo, por lo tanto, inútil nuestra ingerencia en las columnas de EL ÚLTIMO FIGURIN; pero como la calma suele ser precursora de las tempestades, ya preveíamos la que nos amenazaba. Procuraremos condensarlas en el menor espacio posible, no permitiendo otra cosa la extensión de que disponemos.

Diónos por fin el teatro de la Opera el anunciado *Fausto*, y en verdad que proporcionó al público una sorpresa con la presentación del Sr. Petit. Esta sorpresa fué tal, que la primera noche no se le aplaudió como debiera, temiendo los inteligentes avanzar demasiado pronto su juicio, excesivamente favorable; pero en las sucesivas se abandonó esta reserva,

haciéndole repetir algunos trozos, especialmente la canción diabólica del acto segundo, aplaudiéndole con entusiasmo y llamándole á la escena repetidas veces.

El Sr. Petit, en su papel de Mefistófeles, ha obtenido completo éxito, á pesar de los agradables recuerdos que nos dejaron Vialetti y Selva, y con los cuales ha tenido que luchar.

La voz del Sr. Petit es magnífica, su escuela excelente, y su acción, aunque algo exagerada, defecto de la escuela francesa, no disgusta ni se opone á la verdad.

La señora Ortolani, en el papel de Margarita, estuvo á la altura de su reputación; el Sr. Tiberini algo débil, y la señora Bernardoni, que hizo esta noche su *debut*, fué muy bien recibida. Los demás artistas nada más que regulares.

En los coros, en la dirección y en los detalles escénicos, notáronse defectos cuya desaparición agradecería el público, así como el aumento de luz en la sala.

Dicho teatro nos ha dado después *La Favorita*, partitura del inmortal Donizetti, que fué muy aplaudida por un público tan escogido como numeroso.

La señora Urban confirmó la buena opinión que había hecho concebir en *L'Ebreca*, y recibió casi una ovación, bien merecida por cierto. El tenor Piccioli y el barítono Quintilli-Leoni, gustaron también, especialmente este último.

Un ballo in maschera es la obra llamada á suceder á *La Favorita*.

* *

El teatro Español puso en escena *Los Dulces de la boda*, última obra del Sr. Blasco, de la que nada queremos decir, sino que fué interpretada por los actores con una habilidad y un celo dignos de mejor causa. El público sólo recibió con agrado algunos chistes, en que abunda en el acto segundo; pero la opinión fué desfavorable al conjunto. El mismo autor lo comprendió así, no atreviéndose á presentarse en el palco escénico cuando algunos indiscretos amigos le llamaron. A pesar de ciertos aplausos de ordenanza que una parte de la prensa le ha tributado, la obra fué retirada en seguida para dar lugar al beneficio á que tenían derecho los autores de *La Beltraneja*. Con esto está dicho todo.

* *

En los Bufos, *El retoño de D. Próspero* y *Chamusquina ó la hija del petróleo*, han hecho completo fiasco, teniendo la empresa que apelar al repertorio antiguo.

Desgraciados han sido los estrenos: únicamente se han sostenido los del Circo y la Zarzuela, bien que el sostenimiento del segundo se debe á un milagro del Sr. Salas. De uno y otro vamos á ocuparnos con alguna más extensión; pero antes justo es que dediquemos un sincero elogio á la compañía italiana que actúa en el lindo teatro de la Alhambra.

Esta compañía, dirigida por el Sr. Mayeroni, no pudo presentarse bajo peores auspicios: en una época en que los primeros teatros de la corte, desplegando una actividad inusitada, atraen al público con el cebo de nuevas obras y de nombres reputados, llevar gente al desgraciado teatro de la calle de la Libertad, donde ninguna empresa ha podido sostenerse, parecía como inverosímil. Sin embargo, el señor Mayeroni ha luchado con esta inverosimilitud, y la ha vencido. Bien es verdad que el mérito de este distinguido artista, y el de la señora Pasquali, parecían garantizar el éxito.

La dama de las Camelias, *Elisabette II de Rusia*, *La Cruz de oro* y *La Morte Civile*, han ido llevando á la Alhambra un público escogido, que no escasea sus aplausos. Nosotros, que solamente hemos podido asistir á la representación del primero de dichos dramas, somos los primeros en rendir un justo tributo de admiración y entusiasmo á la señora Pasquali y al Sr. Mayeroni. Es imposible llevar más allá la verdad y el arte. La agonía de la triste Margarita Gauthier, regenerada por un amor profundo y verdadero, detenida en su buen camino y rechazada al sepulcro por la sociedad encarnada en el severo padre de Arnando, y la desesperación de éste viendo frustradas sus esperanzas y luchando con el oleaje de sentimientos tan exaltados como contradictorios, fueron como interpretados de un modo maravilloso. La emoción ganó al

público aún más profundamente que si hubiese asistido á la realidad de los hechos.

Felicitemos á tan eminentes artistas, y esperamos que el culto público madrileño seguirá recompensándolos cumplidamente.

S. M. el rey ha honrado con su presencia este espectáculo, que según se anuncia alternará pronto con una compañía bufa italiana y otra coreográfica. El teatro de la Alhambra, después de los desastres sufridos desde su fundación, parece hallarse por fin en vías de prosperidad.

* *

Volvamos al Circo y la Zarzuela:

Los Niños grandes, comedia en tres actos y en prosa, original de D. Enrique Gaspar, representada en el primero de dichos coliseos, ha sido, á pesar de los defectos de que adolece, lo mejorcito que nos han regalado las empresas estos días.

Los Niños grandes es un buen pensamiento filosófico abortado. Si en vez de presentarnos el autor un cuadro casi trivial, con pobres caracteres, con interés escaso, y con más de una situación falsa, se hubiese inspirado profundamente en el pensamiento primitivo, dejándose llevar de ese espíritu de análisis social que resalta en otras de sus producciones, el público aplaudiría hoy una buena comedia, una obra de arte, en vez de sonreír ante algún chiste de buen género, concediendo sólo á *Los Niños grandes* benévola simpatía.

La naturaleza humana, igual siempre en su esencia, varía sólo en la forma con las diversas circunstancias de la vida, y especialmente en los graduales períodos de su desarrollo. La vanidad entra en ella por mucho. Una medalla, un juguete, llenan todas las aspiraciones de la vanidad en el pequeño mundo de los niños. Una cinta, una condecoración, una señal distintiva de supremacía, es el objeto de la vanidad y del orgullo en el gran mundo de los hombres. El valor de ambos objetos es casi igual, el efecto que supone entre sus semejantes y la satisfacción personal que los acompaña, son por lo tanto parecidos.

El traje es otra de las puerilidades, así de grandes como de chicos; cuanto más frívola es la inteligencia tanto más se apasiona de un adorno. Prescindamos aquí de las personas que por conveniencia y por cálculo se cuidan de la exterioridad, salvando la importancia que da el mundo á las apariencias, y lo que dificulta para ciertos fines un exterior humilde ó desaliñado.

Una vez sentado que la vanidad y las satisfacciones pueriles son patrimonio de los niños lo mismo que de los hombres, y que solo se diferencian en circunstancias accidentales, no era difícil á un ingenio como el del Sr. Gaspar crear un asunto cómico que pusiese este pensamiento de relieve. Quizás su pensamiento fuese el mismo, y solo por considerarlo bajo un punto de vista insignificante, en vez de pintar un cuadro, se ha limitado á emborronar su boceto.

El primer acto es lo mejor de la comedia. Sus chistes saltan oportunamente, manteniendo sin cesar la sonrisa en los labios del espectador.

El baile de niños del acto segundo es de buen efecto escénico; mas perjudica al desarrollo de la obra, cuyo argumento pierde todo su interés; así es que el desenlace del acto tercero inspira bien poca curiosidad.

No obstante lo dicho, esta obra, desenvuelta con gracia y maestría, lleva gran concurrencia al teatro de la plaza del Rey, y creemos que dará buenas utilidades á la empresa.

* *

Siquiera aun cuando fuese con la misma sobriedad que á *Los Niños grandes*, quisiéramos poder tributar elogios á *Justos por Pecadores*, zarzuela en tres actos, estrenada en el teatro de la calle de Jovellanos, con letra del Sr. Larra y música de los señores Oudrid y Marqués; pero la justicia y la imparcialidad nos lo impiden.

Siempre hemos creído al Sr. Larra más hábil para la adivinación de los efectos escénicos que para la formación y ejecución de un plan artístico; pero no le suponíamos capaz de entregar á la crítica un asunto tan descabellado como el de

Justos por Pecadores. Parece tomado de una mala novela y reducido á las proporciones que admite el teatro. Ni el conde, ni don Luis, ni la marquesa, ni aun la misma protagonista Magdalena, está en carácter: lo que entre ellos pasa se comprende bajo la fe de la palabra del autor, mas nada hay natural, ni justificado. El desenlace sobre todo, es de lo peor y más absurdo que darse puede en materia de desenlaces.

La música es regular y se oye con agrado; tal vez por ella y por la necesidad que tendrá el Sr. Salas de reembolsarse los gastos que haya hecho, se ha seguido representando una producción que debió retirarse á la segunda noche.

Para terminar, recomendaremos al público que asista al drama nuevo de nuestro célebre novelista Fernandez y Gonzalez, que con el título de *Aventuras Imperiales* se ensaya actualmente en el Circo. Tenemos las mejores noticias de esta obra.

El Marqués de San Eloy.

EXPLICACION DE CUELLOS Y CORPIÑOS.

1.º Corpiño de etiqueta para vestidos escotados, formando pelerina plegada, y con aldetas largas. Es de organdí blanco con un terciopelo negro al borde y un encaje de aplicación de Inglaterra: lazo, abanico en el centro. Aldetas formando picos por delante y cuadradas por detrás, con un encaje más ancho que el de los hombros, y recogido con lazos de terciopelo.

2.º Camisolin y mangas para vestido abierto, con entredoses bordados y encaje *valenciennes*.

3.º Cuello abierto con solapas bordado, así como la manga.

4.º Corpiño de seda bordado, muy escotado; un terciopelo negro formando ondas lo adorna; berta drapeada y camiseta de crespon blanco bullonado y con terciopelos ondados.

5.º Paletot *Chignais*, de paño grana y terciopelo negro; abotonado á un lado y con picos alternados de terciopelo y de paño; mangas con botones y forradas con terciopelo negro.

6.º Camisa de batista guarnecida con entredós y encaje, puestos al bies y con cintas de terciopelo; manga muy corta.

7.º Cofia adornada con plegados de encaje, terciopelo azul y lazo; el encaje forma collar, y pasa por un lazo de terciopelo, que rodea el cuello.

8.º Camisa de batista con pliegues y encaje, abotonada á un lado.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

(Edición de lujo).

1.º Traje para niño de cuatro á siete años.—Falda plegada de paño azul, cerrada en el costado con lazos de cinta; berta redondeada y abotonada; cuello marinero; sombrero marinero adornado con cintas encarnadas.

2.º Traje para niña de seis á diez años.—Vestido de color de rosa adornado con trencillas negras; la primera falda lisa, la segunda abierta por los costados, con un lazo á cada lado; corpiño con escote cuadrado; camiseta y mangas bullonadas.

3.º Traje para niño de dos años.—Falda de cachemir azul, festoneada con seda negra; un volante guarnece la falda. Corpiñito escotado con aldetas, manga corta y camiseta de batista. Toca negra adornada con azul.

4.º Traje para jovencita de doce á quince años.—Falda de glasé, adornada con un plegado de terciopelo y tres bieses de lo mismo; túnica de terciopelo adornada con bieses y lazos; mangas anchas con vueltas de terciopelo y bordes de glasé; segunda manga de terciopelo; sombrero de terciopelo con plumas blancas y una rosa á un lado.

5.º Traje para niño de doce años.—Pantalon y chaqueta de terciopelo negro; chaleco blanco, media encarnada, corbata encarnada y bota de charol; sombrero tirolés, con una pluma encarnada y otra blanca.

6.º Traje para niña de seis años.—Vestido verde, polonesa ajustada, recta por delante y con tablas en las aldetas por detrás, adornado el todo con fleco; manga abierta; toca verde con una gran pluma blanca y una flor.

EXPLICACION DEL FIGURIN EN NEGRO

(Edición económica).

1.º Vestido de faya violeta; falda de cola, adornada con tres series de ondas de glasé blanco; túnica lisa, formando delantal, y por detrás recogida en *puff*; corpiño con aldetas abiertas, cortas por delante y largas por detrás; berta ondeada; manga de codo con dos series de ondas.

2.º Vestido de faya gris perla. La falda es de color y abotonada. Corpiño *suizo* con aldetas abiertas; segundo corpiño de tul negro, adornado con encaje; una guirnalda compone el adorno de la cabeza. *Dolman* de paño blanco con *soutache* negro muy corto, con anchas mangas abiertas, y bordeadas con piel de zorro blanco.

VARIEDADES.

PENSAMIENTOS.

¡Dios! ¡el que nunca se cansa de escuchar á los afligidos!

Leon Gozlan.

La voluptuosidad es la sembra del amor.

Pelletan.

La mentira pasó; pasó la vida.

Fernandez y Gonzalez.

Una mujer oye siempre á su amante, por muy bajo que la hable.

Washinthon-Irving.

El nombre de ella viene á mis labios como la miel extraída de una flor amarga.

Musut.

Este es mi testamento, leédselo; pero si veis que una lágrima, una siquiera, rueda tristemente por su mejilla, rompedlo, porque entonces... no es ella.

Musut.

—¿Existe la felicidad en la tierra?

—Sí; existe la que podemos dar á los demás.

Emile Olivier.

Poner la libertad en una constitucion y el despotismo en la administracion, es querer andar atado de piés y manos.

Laboulaye.

La bondad, el único encanto permitido á los ancianos, es la coquetería de los cabellos blancos.

O. Feuillet.

Yo no lleno mis días
del placer escuchando los cantares;
yo no tengo alegrías;
yo no tengo pesares
que dejen honda huella:
no tengo más que mi pasión por Ella.

S. E.

MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.